

SEGUNDO DOMINGO DE DICIEMBRE DE 1934

HOJA DOMINICAL

NUM.
964

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS
DE COSTA RICA

AÑO
XX

SANTORAL

Dom.	9	2.º de Adviento. Santas Leocadia y Valeria, mrs.; Próculo y Julián, obs.	GUADALUPE. Santos Sinesio y Donato, mrs.
Lun.	10	San Melquíades, Papa; Abundio y Hermógenes, mrs.	Juev. 15 Santa Lucía, Juana Francisca Fremiot, y Otilia, vg. Cuarto Creciente, a las 4 hs. 52 m.
Mart.	11	Santos Dámaso, Papa; Eutiquio y Sabino, mrs.	Viern. 14 San Juan de la Cruz, Arsenio y Espiridión, mrs.
Miérc.	12	LA APARICIÓN DE LA VIRGEN DE	Sáb. 15 Santos Ireneo, Saturnino, Cándido y Fortunato, mrs.

Domingo II de Adviento

Evangelio según San Mateo.—(Cap. XI).

En aquel tiempo: Habiendo oído Juan en la cárcel las obras maravillosas de Cristo, envió dos de sus discípulos a preguntarle: ¿Eres el Mesías que ha de venir, o debemos esperar a otro? A lo que Jesús respondió: Id y contad a Juan lo que habéis oído y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia el Evangelio a los pobres; y bienaventurado aquél que no tomará de Mí ocasión de escándalo. Luego que se fueron éstos, empezó Jesús a hablar de Juan, y dijo al pueblo: ¿Qué es lo que salísteis a ver en el desierto? ¿alguna caña que a todo viento se mueve? Decidme si no: ¿Qué salísteis a ver? ¿a un hombre vestido con lujo y afeminación? Ya sabéis que los que visten así, en los palacios de los reyes están. En fin, ¿qué salísteis a ver? ¿algún profeta? Eso sí. Yo os lo aseguro, y aún mucho más que profeta. Pues él es de quien está escrito: Mira que yo envió mi ángel ante tu presencia, el cual va delante de ti disponiéndote el camino.

EXPLICACION LITERAL

Vimos el domingo primero del santo tiempo de Adviento el anuncio preciso que la Iglesia nos hace de la segunda venida de Jesucristo al mundo, predicha por El mismo ante los inícuos jueces que lo condenaron a muerte, como una comproba-

ción definitiva de su divinidad y del error que se cometía desconociéndole.

Será el día del juicio final el momento de las supremas revelaciones; no porque en aquel día Jesucristo haya de decirnos más de su perso-

na y de su misión salvadora que lo que nos dijo durante su paso por la tierra, sino porque la gloria de su manifestación disipará totalmente las nubes con que la malicia del hombre habrá querido en el transcurso de los tiempos, encubrir su rebeldía; todos sabrán que no fué la humildad y la bondad y la condescendencia y el amor lo que empequeñeció al Hijo del Altísimo, para adaptarse a nuestra miseria, ni lo que estorbó el reconocimiento leal y sincero de ciertos hombres, sino por su propia malicia y su hipocresía. He aquí lo que será la revelación sorprendente, de la segunda venida al mundo de Jesucristo Nuestro Señor. Y ésta es la razón por qué la Iglesia en los domingos de preparación para las fiestas de la Natividad insiste en po-

Religión y moralidad

¿Es posible vivir honradamente sin religión? Claro que se puede vivir sin ella, lo mismo que se puede hablar sin sentido. Sólo que no debe envanecernos dicho privilegio, porque así hablan también el estornino y la cotarra, cuya charla insustancial tiene mucho parecido con la vida honrada de esa gente que si bien se avergüenza de hurtar un panecillo del escaparate de una panadería, en cambio, despoja al contrario con la mayor tranquilidad y le precipita en la ruina, por medio de una hábil maniobra bursátil.

Por lo tanto, que nadie se jacte de semejante virtud, pues es triste preeminencia del hombre el poder hablar sin reflexionar y obrar sin conciencia de lo que se desea, o como dice un refrán popular, caminar por el mundo cual hombre sin cabeza, sin manos y sin pies. Hay mortales que son verdaderos prodigios de sabiduría y ciencia, pero a la vez son también hombres insoportables y sin entrañas, llenos de pasiones y de vicios.

«Incapaces para todo, sólo aptos para charlar, empeñados en todas las artes, menos en la del silencio». (Eurípides).

Nadie podrá calificar esto de distinción honorífica, antes bien, condenará semejantes desviaciones y deformidades.

De ahí que pueda haber cierta religiosidad sin moralidad y cierta moralidad sin religiosidad; porque

ner a nuestra vista la solemnidad del momento en que Jesús apareció en el mundo para salvarlo, rodeado de todos aquellos signos y garantías de verdad que podían apeteerse por quienes sinceramente desearan hallar al Mesías prometido, anunciado y prefigurado en los libros santos y en las tradiciones y actos religiosos de todos los pueblos, e hicieron y hacen inexcusables a cuantos no le conocieron.

Ofrécesenos hoy de relieve la hermosa figura del Precursor San Juan Bautista que señaló con su dedo la llegada del Redentor, y con una pregunta discreta, consiguió de sus divinos labios la primera declaración de la misión divina que ejercía entre los hombres.

«No es tan lerdo el vicio que quiera privarse en público del ropaje de la virtud.» (Shakespeare).

Pero de ahí resulta precisamente una religiosidad a medias y una moralidad a medias, que por lo tanto y como consecuencia, sólo pueden producir semi-hombres.

No es posible concebir la perfección moral sin religiosidad seria, como tampoco puede hablarse de religiosidad perfecta donde no existe virtud formal, ni puede ser hombre completo el que carece de religiosidad profunda unida al ansia de perfeccionamiento interior.

Por lo tanto, el semi-hombre podrá vanagloriarse de su honradez exenta de religión, y aun le concedemos cierto derecho a la jactancia, ya que esa honradez sostenida a costa de tantos esfuerzos, y que

«Con el devocionario en el bolsillo, suspira y hace visajes por agrandar a la abuelita» (Shakespeare), es ya en sí gran hazaña para él, y le cuesta tantos sudores, como al estornino el pronunciar su escaso repertorio. Ahora bien, el que pretenda ser un hombre completo, no debe excluir nada de lo perteneciente a su misión, nada de lo que pueda hacerle más puro, más fuerte y más perfecto, nada de lo que sea humano ni divino, natural o sobrenatural. De ahí que la perfecta moralidad resulte inseparable de la religión.

A. M. W.

SILUETAS SEMANALES

El árbol venenoso del Comunismo-Volcheviquista español-Frutos de la revolución social-marxista de Asturias.

I

Es ya del dominio universal, la fatídica tragedia que ha llenado de horror, desolación, lágrimas y víctimas a la región asturiana en los ocho días, más o menos, que se apoderó de ella, la fiera sanguinaria del socialismo marxista.

Dar a conocer las iniquidades que se han perpetrado por aquellos monstruos humanos enarbolando la bandera roja, es obra de justicia para que los pueblos conozcan de lo que es capaz esa doctrina maldita del Comunismo que páfida y engañosamente viene seduciendo a tantos incautos e ignorantes.

Lo que pasó en España hace pocas semanas, sucedería lo mismo aquí y en todas partes, si los corifeos de ese aborto del infierno lograsen implantar su ideología, aunque lo oculten astutamente para que no se frusten sus planes.

Vamos hacer pasar ante los ojos de nuestro lector, copiándolo de la prensa española que horrorizada lo reproduce, las realidades y los cuadros vivos de que ha sido teatro aquella región infortunada norteña, con su antes hermosa y artística capital, Oviedo que casi se puede afirmar pasó ya a la historia.

Prepárate, lector, a quedar horrorizado ante las tristes y desconsoladoras escenas que vas a presenciar y compadece a tantos y tantos inocentes e inofensivos ciudadanos que se vieron envueltos inconscientemente en aquel infernal y devastador torbellino.

«Ferocidad Revolucionaria».—España entera se estremecerá de espanto, dicen los diarios madrileños, cuando conozcan las monstruosidades cometidas por los revolucionarios de Asturias. No ha sido la noble lucha por un ideal, dando el pecho y jugándose la vida, sino todas las pasiones humanas desatadas, cebándose cruelmente, sádicamente en los cuerpos de los niños y de las mujeres.

Es un espanto, una locura, lo ocurrido en Asturias. Allí se ha fusilado sin piedad a personas indefensas, después de someterlas a las mayores torturas; se ha arrastrado canalescamente a los

sacerdotes por las calles y luego han sido quemados vivos; se ha abusado de pobres mujeres en presencia de sus familiares; se ha ensañado la bestia en humildes religiosas; se ha crucificado a religiosos; se han volado puestos de la Guardia civil con sus familiares en el interior, se ha disparado contra grupos de niños y mujeres que iban por las calles en desfiles dantescos; se han destrozado los cadáveres..., en una palabra se han cometido los actos de mayor refinamiento criminal hasta el extremo que algunas de las víctimas pedían por caridad a sus verdugos que se les quitara la vida para no presenciar aquellos desmanes horrendos.»

«De todo esto se hablará en su día ampliamente para demostrar lo que hubiera sido España (y cualquier otro país, decimos nosotros) después del triunfo de las hordas desmandadas; un inmenso cementerio, una hoguera... sangre, fango, lágrimas... «Eso no ha sido la pasión política, eso ha sido la criminalidad desbordada, asesinando e incendiando...» (De El Noticiero de Zaragoza).

Queda el alma desfallecida ante el cuadro de horror que precede y como si le pareciera un sueño y no una realidad estas macabras escenas.

A esto puede llegar el hombre, cuando lentamente va bebiéndose el veneno del odio a todo lo que es sagrado y lleva el sello de la equidad, de la honradez y de la justicia.

Estos y no otros han de ser los corrompidos y venenosos frutos del árbol maldito del social-marxista al arragar en el campo de la sociedad.

Alejémonos de él con espanto huyendo hasta de la sombra para que no nos contamine.

Continuaremos presentando sus estragos, en números sucesivos pues a todos pueden sernos de ejemplo tales enseñanzas, evitando el ser cogidos en sus redes.

FR. CEFERINO DE GRANOLLERS

MURIO EN ROMA EL CARDENAL GASPARRI

Un despacho cablegráfico trajo el 19 de los corrientes la noticia de que en su Villa, en las cercanías de las Termas de Trajano, en Roma, había fallecido el eminente Cardenal Pedro Gasparri, una de las figuras más prominentes de la Iglesia y de una actuación brillantísima como colaborador del Santo Padre en su agosto gobierno. En todo el mundo cristiano, la muerte del eminente purpurado causó gran consternación pues con ella, se ha extinguido una inteligencia que en múltiples y en difíciles momentos encendió la chispa de una idea salvadora.

Había nacido el Cardenal Gasparri en Ussita, Diócesis de Norcia, el 5 de Mayo de 1852. Desde tierna edad dió manifestaciones de su talento que más tarde fuera para la Iglesia haz de brillo. Eligió la carrera eclesiástica, porque para ella estaba destinado y al servicio de la gran causa cristiana, fué ascendiendo.

En su vida activa, fué distinguido en formas diversas: en 1907 fué nombrado Cardenal por Pío X en el Consistorio del 16 de Diciembre de ese año con el título de San Lorenzo de Lucina, al cual optó en el Consistorio de 22 de Enero de 1915, dejando el que ya tenía de San Bernardo de las Termas. Fué luego Camarlengo de la Santa Iglesia Romana y miembro de las Congregaciones siguientes: del Santo Oficio, la Consistorial de la Iglesia Oriental, Sacramentos, Concilio, Religiosos, Propaganda Fide, Negocios eclesiásticos extraordinarios, universidades y seminarios de los estudios y Rev. Fábrica de San Pedro. Más tarde fué designado miembro del Supremo Tribunal de la Signatura Apostólica. Su vasta preparación lo hizo acreedor a otras designaciones, como Presidente de la comisión para interpretación del Código de Derecho Canónico, miembro de la comisión cardenalicia administradora de los bienes de la Santa Sede y luego, coprotector de la Academia Teológica Pontificia. Siguiéronle con

los años, otras distinciones: protector de la Academia Pontificia Romana de los nuevos Liceos; de la Sociedad de Santa Cecilia en Alemania; de la orden de la penitencia; de la Pía Unión de los santos Benedicto y Escolástica en Norcia; de la Alliance des maisons d'education chrétienne; de la asociación de Nuestra Señora de la Buena Muerte; de la Pía Sociedad Salesiana de San Juan Bosco; de las Hijas de María Auxiliadora; del Santuario de Santa María del Llanto en Foligno; de la Unión Apostólica de los presbíteros del Sagrado Corazón de Jesús; de los hermanos escolares de San Francisco (Milwaukee).

Durante el Pontificado del Papa Benedicto XV fué nombrado Secretario de Estado, cargo que le confirmó el actual Pontífice y que desempeñó con admirable sabiduría y prudencia hasta 1930 en que el peso de los años lo obligó a separarse de tan elvado cargo, lo cual sintió mucho el Santo Padre y con tal motivo, S. S. le escribió una carta elogiando su labor y fué en esta ocasión cuando le hizo el valioso obsequio de la suntuosa villa cerca de las Termas de Trajano, en Roma.

Entre las numerosas condecoraciones que ostentó, llevó consigo la del Collar de la Anunziata, que le dió el título de Primo del Rey de Italia.

Como Secretario de Estado, le tocó firmar, con Mussolini, el Tratado de Letrán que puso fin a la «vieja cuestión romana» y que fué el principio de una nueva era de armonía para la Iglesia Católica y el Gobierno de Italia.

Al Cardenal Gasparri se debe en gran parte la codificación del Derecho Canónico, y al morir se ocupaba de la codificación del Derecho Eclesiástico del Rito Oriental. Dominaba varios idiomas, entre ellos el castellano, que lo adquirió cuando fué Delegado Apostólico en el Perú.

Hombre de vasta ilustración, que fué considerado como uno de los

principes más eminentes: sus famosos tratados sobre la Eucaristía y el Matrimonio, lo consagraron una autoridad en la Ciencia Sagrada.

Y su Catecismo Católico fué también una obra admirable, producto de su esclarecida inteligencia.

(Tomado del "Diario de Costa Rica").

EL MISTERIO Y EL HEROE DEL "MORRO CASTLE"

Han pasado diez días del incendio del vapor «Morro Castle», a 5 millas de la playa de Asbury Park, y 30 del puerto de Nueva York, y no se ha descifrado aun el origen, criminal o fortuito, de la dolorosa tragedia marítima. No ha podido completarse aun la lista de muertos y desaparecidos, pero hasta hoy el número de víctimas asciende a 132.

El mayor y más inquietante de los enigmas que rodean esa hoguera flotante es la muerte repentina del capitán del «Morro Castle» cuatro horas antes de descubrirse el incendio, que nadie puede precisar en qué lugar tuvo origen. Ocurrieron a bordo casos de indisciplina, de robo, de cobardía, de confusión, de olvido de las llamadas «virtudes del mar», y aun en la conducta de los marineros de otros barcos que fueron en auxilio del que estaba convertido en hoguera se han descubierto actos inexplicables, como el del capitán del «Presidente Cleveland» que detenido a menos de una milla de la tragedia permaneció más de veinte minutos, antes de ordenar que los botes salvavidas fueran bajados para ir al salvamento de los náufragos a quienes la furia de las olas llevaban y traían entre espantos y horrores de muerte.

Entre los pasajeros figuraban el doctor Hiram Richard Hulse, obispo protestante de la Habana y su esposa, y el P. Raymond Egan, de 27 años de edad, coadjutor de la parroquia de Santa María, en el Bronx. Nueva York, que regresaba de Cuba después de pasar las primeras vacaciones desde que fué ordenado de sacerdote.

Hablemos primero de la conducta del Padre Egan. Entre los relatos y descripciones que los periodistas pudieron obtener de los náufragos en Asbury Park, en donde desembarcaron la mayor parte, sobresalía el heroico comportamiento del joven sacerdote, alabado por todos los testigos, de su valor, entre los cuales figuraban protestantes y judíos, además de los católicos que habían sido los más directamente atendidos por el Padre Egan.

Estimulados por el relato de la heroica conducta del vicario de Santa María, los periodistas se lanzaron en

busca del sacerdote y venciendo su repugnancia a repetir para la publicidad lo que había hecho y había sido tan ensalzado, se limitó a decir lo siguiente: Eran las cuatro de la mañana cuando me despertó una desconocida gritería en el piso de mi camarote. Abrí la puerta y vi llamas en medio de un denso humo. Me puse rápidamente los pantalones y salí atravesando aquella barrera que se interponía, hasta llegar a la cubierta. Allí me dí cuenta de la magnitud del desastre que nos amenazaba, y que estábamos más cerca de la muerte que de la salvación. Grité que yo era un sacerdote católico y que se acercaran los que quisieran recibir la absolución. Inmediatamente me rodearon hombres y mujeres a los cuales absolví en grupo, pues no había tiempo para oír confesiones individuales, y una de las personas que recibieron la absolución y besó mi mano, fué Miss Camila Comroy, de la parroquia de San Felipe y Jaime de Baltimore, cuyo cadáver reconoci en el hospital de Asbury Park. Me trasladé a otra parte de la cubierta porque el humo me cegaba y el calor era insoportable y allí repetí lo mismo. Mientras daba la absolución a otros náufragos que temían lanzarse al agua, el humo me envolvió de tal manera, que a no haber sido por un marinero que me tomó de la mano y me trasladó a otro lugar, sin duda hubiera perecido allí. Ayudé a muchos a bajar, algunos temían lanzarse a las olas furiosas porque veían que otros eran golpeados contra el barco o no podían alcanzar los botes salvavidas. Cuando creí que no quedaba nadie en aquella parte de la cubierta, que es lo único del barco que no estaba en llamas, me tiré al agua, dando la última absolución a todos los que aquí y allí se agitaban luchando. Fui recogido por el «Monarca de Bermuda» después de sostenerme en el agua por dos horas, viendo cómo algunos desaparecían y no volvían a la superficie. Nada hice extraordinario que haya merecido estos elogios de las personas que pasaron conmigo esta horrible experiencia. Hice lo que hace en tales circunstancias un sacerdote católico».

El Padre Egan está curándose de los efectos del humo y de algunas quemaduras en las manos y espalda.

Preguntado el Obispo protestante de la Habana qué había hecho al darse cuenta del incendio, contestó a los periodistas que corrió inmediatamente a ayudar a su esposa, pero que en la confusión de aquellos momentos se separaron él de ella, y tuvo que tirarse al agua con el dolor de la incertidumbre de si estaba a salvo o había perecido entre las llamas. Afortunadamente, ambos se salvaron y se reunieron en el

ACCION CATOLICA EN SITIOS "PROHIBIDOS"

En los campos de Beechmount (Bel-fast), «prohibidos» para los católicos durante varias generaciones, han tenido lugar dos misas pontificales y una procesión eucarística, a la cual asistieron unas 100.000 personas y casi todos los Obispos de Irlanda con su correspondiente clero.

Pertenecían la casa y los terrenos a una familia muy rica, de apellido Riddles, que durante muchísimos años se habían propuesto, decididamente, que ningún «papista» fuese dueño de sus heredades. A fin de que esto se cumpliera, la señora Riddles, última descendiente, cedió los terrenos al Ayuntamiento de Belfast. Pero los ediles, aunque protestantes «negros», después de tomar lo necesario para un bonito parque, pusieron el resto a la venta; y sin que nadie se enterase, resultó que el comprador, o por lo menos el propietario, vino a ser el mismísimo Obispo católico. En la casa donde no podía entrar ningún católico, ni aun como criado o jornalero, después de «purificada» y restaurada para el caso, instaló el Obispo una comunidad de monjas. En una loma se construyó el altar para la misma y en la explanada se verificaron la última semana de junio, imponentes funciones religiosas, como nunca se habían visto en el Ulster, reducto y fortaleza del fanatismo protestante, que todavía «apedrea» a los católicos en la isla de San Patricio.

Hace dos años, los trenes que bajaban del Norte de Irlanda para el Congreso Eucarístico de Dublín, eran apedreados por las turbas «orangistas», que gritaban como en los tiempos de O'Connell: «Abajo el Papa.» Proyectaban los católicos una Exposición misionera, que había de ser parte de estos actos, y para ello intentaron alqui-

hospital de Asbury Park unas horas más tarde, de donde se trasladaron a su casa de Nueva York.

El sacerdote católico y el Obispo protestante cumplieron con su deber. El Padre Egan, exponiéndose a perder la vida por la salvación de las personas que en aquella ocasión invocaron a Dios, y el Obispo protestante corriendo en auxilio de su esposa, sin pensar si tenía o no ovejas de su fe protestante entre las víctimas del «Morro Castle».

M. R.

lar los salones del «Ulster Hall», tal enojo les entró a los fanáticos «negros», que el Obispo creyó prudente prescindir de ellos e instalar la Exposición en dos o tres edificios de religiosos. Además, se ordenó a los católicos que no trajeran banderas ni signo alguno que pudiera servir de pretexto para una provocación.

Desde la revolución del Ulster, no se habían visto nunca en su capital tantos policías, tantos revólveres, ni tantas porras. Las autoridades querían evitar que se repitieran las escenas salvajes de hace dos años; tanto más que las amenazas no faltaron. Los trenes iban custodiados por la fuerza pública, que se multiplicó, para evitar que el fanatismo protestante se desbocase. Algún pequeño incidente hubo en las afueras; pero sin importancia.

Para ordenar las masas de los católicos había 2.500 organizadores con sus brazaletes, amarillo y blanco. Recibían los grupos en la estación, orientaban los automóviles, ordenando los grupos para oír la misa en la explanada y las filas en la procesión.

Había en realidad tres actos planeados por la «Sociedad de la Verdad Católica». Un Congreso Eucarístico, cuyos temas trataron más bien de Acción Católica; una Exposición de Misiones y la Asamblea de la mencionada sociedad.

A la misa pontifical, celebrada en el inmenso parque, asistieron con el Cardenal Primado de Irlanda, veinte Prelados, entre Arzobispos y Obispos. La multitud de fieles, más de cien mil, ocupaba la verde llanura. Hacia el lado de la Epístola se colocaron las señoras, cuyos sombreros y trajes policolores, daban a la masa el aspecto de un variado jardín; al lado del Evangelio, la masa gris de los hombres,

más de 40.000, con sus cabezas descubiertas. El tiempo fué apacible, aunque cayeron unas gotas que refrescaron el ambiente. Los altavoces multiplicaban por los bosques y parques las melodías sagradas del grandioso coro de hombres y niños; y la «radio» los llevaba a toda la Isla. En el mismo parque se desarrolló la procesión eucarística, que terminó con la bendición solemne, dada por el Primado, Monseñor Mac Roy.

Al día siguiente se repitió la misma función para los niños. Las niñas aparecieron vestiditas de blanco con coronas en la cabeza; al otro lado, más de 20.000 niños de las escuelas católicas.

A la noche, «mitin» al aire libre para todo el mundo. La Sociedad de la Verdad Católica tiene sus oradores propagandistas, y no habían de faltar los mejores en día tan señalado. De nuevo el Cardenal dió la bendición con el Santísimo, que hubieron de recibir muchos protestantes de buena fe, entre las 70.000 personas que durante cuatro horas estuvieron oyendo los discursos.

Otros mítines hubo, pues se trataba de hacer oír en el Ulster «la verdad católica». Durante tres días «hemos hecho gloriosas experiencias, que no se olvidarán jamás», decía el Obispo Mangan; y estos mítines terminaban con el «Credo» y el «Te Deum», que

cantaban a la vez muchos miles de hombres, tanto católicos como protestantes. Notemos que los oradores seculares fueron muchos; y algún Obispo encareció en su discurso «el apostolado seglar», pues se trataba de Acción Católica.

Definitivamente, el catolicismo ha reconquistado el Ulster. «Beechmount», «el campo prohibido», será de hoy en adelante «tierra sagrada», decía un orador. Los 50.000 niños y jovencitos que han presenciado tales manifestaciones de su fe católica, ya no se sentirán avergonzados entre la población protestante de la rica e industriosa capital de la Irlanda del Norte. El desprecio fanático ha sido barrido para siempre; sus actos públicos de devoción, ya no pueden considerarse como odiosa superstición papista. Su Dios eucarístico ha sido llevado en triunfo; y ellos jamás volverán a creerse humillados por adorarle delante de todo el mundo.

Para los «varelistas», éste es el primer acto católico completamente «nacional», por afectar a toda la Isla. Sea como fuere, que ese aspecto político no nos interesa de momento, es un hecho que «toda Irlanda», incluso el Ulster, rabiosamente protestante y antieucarístico, ha recibido en triunfo la Hostia Santa, donde mora el Príncipe de la Paz. ¡Al cabo de tantos años de odio iconoclasta!

M. C.

Decreto del Excmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo de San José

Nos el Dr. Rafael Otón Castro y Jiménez, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Arzobispo de San José de Costa Rica.

Deseosos de que el Tercer Centenario de Nuestra Señora de los Angeles, celestial Patrona de Costa Rica, revista todo el esplendor posible, hemos tenido a bien nombrar un Comité Central que actuará bajo nuestra inmediata inspección en los preparativos con que habremos de solemnizar tan fastuoso acontecimiento. Este Comité queda integrado por los señores Presbíteros M. I. Canónigo Dr. don Carlos Borge, Lic. don Carlos Meneses y don Víctor M. Arrieta.

Además, nombramos en Cartago un Comité Auxiliar que integrarán los señores Presbíteros don Antonio Ma. Rojas, don Rafael Cascante, don Claudio Bolaños y don Fabio Chacón.

En Heredia formarán dicho Comité Auxiliar los señores Presbíteros don Miguel Chaverri, don Francisco Mendoza y don Abel Castillo Vega.

Vivamente exhortamos a todos los señores Sacerdotes y fieles que presten su

generoso concurso para que estos Comités puedan fácilmente llevar a cabo sus propósitos en la fastuosa solemnidad que vamos a preparar en honor de la Patrona de Costa Rica.

El Comité Central y los Comités Auxiliares quedan investidos de amplias facultades:

1) para designar subcomités, de personas eclesíásticas o seglares, que colaboren eficazmente en la preparación de las festividades;

2) para elaborar el plan general con que se han de desarrollar los actos de los festejos aludidos;

3) para recolectar fondos por los medios que juzguen oportunos y que se destinarán al fin indicado.

Dado en el Palacio del Arzobispado, a 25 de noviembre de 1934.

RAFAEL OTON,
Arzobispo de San José de Costa Rica

Alfredo Hidalgo,
Cancelario

SONETOS MISTICOS

Torva nube que arroja escarcha fría,
Rayos aborta que al mortal espantan,
De las tumbas los muertos se levantan,
Treme la tierra y se estremece el día;

Las crespas olas de la mar bravía
Contra las duras peñas se quebrantan,
Ni el río corre, ni las aves cantan,
Ni el sol su luz al universo envía.

Cuando en el monte Gólgota sagrado
Dice el Dios hombre con dolor profundo:
«Cúmplase, Padre, en mí, vuestro mandado».

Y a la rabia de un pueblo furibundo,
Inocente, sangriento y enclavado
Muere en la Cruz el Redentor del mundo.

Gabriel de la Concepción Valdés

Llega la hermosa amante pecadora
Al convite del vano fariseo,
Las plantas del Divino galileo
A regar con las lágrimas que llora.

Sécalas con las trenzas que atesora
Una vez y otra vez... ¡Digno trofeo!
Y el frasco rompe con mejor empleo,
Del nardo delicado escanciadora.

Alabastro es también el pecho humano;
Rómpase el mío de dolor... y empiece
Por los pies a adorar al que he ofendido...

Llenó el olor la casa soberano;
Mi amor también, si entre dolores crece,
En este corazón pondrá su nido.

Fermín de la Puente y Apezechea

Espantosa miseria del pueblo ruso

El hambre en Ucrania. De esto no dicen nada los cronistas que se han asomado a Rusia con el encargo de cantar sus delicias. Es un delegado del Gobierno expulsado por los Soviets, Choulguine, quien ha recurrido a la Sociedad de las Naciones para referir los atroces sufrimientos de que es víctima la población ucraniana, expoliada de sus cosechas y condenada a comer hierbas y cortezas de árbol.

Aldeas enteras sucumben azotadas por enfermedades espantosas. Los cadáveres de los famélicos bordean los caminos. La antropofagia se extiende: unos viajeros norteamericanos han referido a «Le Matin» datos espeluznantes sobre el comercio de carne humana.

Los ucranianos mueren de hambre.

La Sociedad de las Naciones está en posición de millares de testimonios que acreditan el horror y la importancia de la tragedia que sufre Ucrania.

Depositamos toda nuestra esperanza—ha dicho el delegado ucraniano—en la Prensa honrada y libre, que al conocer nuestra espantosa miseria elevará su protesta hasta conseguir que los soviets cesen de martirizar a todo un pueblo.

La mujer y la Religión

Chateaubriand, no obstante su extraordinario talento, no podía concebir que la mujer sea irreligiosa. Para aquel grande hombre era esto una monstruosidad, y decía: «Cuando yo veo una mujer sin reli-

gión me parece estar ante un fenómeno que pugna con la naturaleza».

Y así es, porque la mujer que se estima, y que tiene conciencia de su prestigio y de sus prerrogativas, debe por necesidad y por gratitud descansar en los brazos de la Iglesia, y vivir al abrigo de su calor maternal.

Labor anárquica.—El moderno paganismo en sus propósitos de acabar con el espíritu cristiano, y con la civilización que la Iglesia creó, se descuenta que mientras la mujer se mantenga firme en su adhesión y amor a la Religión no bamboleará el actual orden social; esa adhesión impide que la mujer descienda del elevado pedestal sobre el que la colocó Jesucristo; vive en esa altura como reina del hogar y de la sociedad y su influencia social tiene todos los caracteres de una fuerza invisible. No hay exageración al decir que la mujer es guía y directora de las orientaciones en la vida del hogar y del estado, y muro firmísimo contra el que chocan todos los esfuerzos y de quienes quieren descristianizar la familia que es base y fundamento de la sociedad. Por esto el esfuerzo tenaz y constante de los enemigos de Dios para separar a la mujer de los brazos de la Iglesia, importándoles un comino que esa criatura débil pero excelsamente privilegiada, se vea despojada de su manto de reina, y sepultada en una degradación de la que se asustaría el antiguo paganismo.

Imprenta «EL HERALDO», Cartago